

Sin asunto

Carlos Vásquez



Foto fija Chris Marker, *La Jetée*, cortometraje, 1962

27

Querida amiga, hoy me levanté pensando en tu invitación. Escribir algo sobre la pandemia. Mientras le daba vueltas a la idea saltó una ocurrencia: ¿qué tal si pregunto a cada persona qué estaba haciendo cuando apareció el virus? Ahora que lo pienso, fue algo tan súbito que tuvo el carácter de un salto. Eso no estaba previsto, ni anunciado, literalmente cayó sobre nosotros.

Eso es algo que muy rara vez pasa. Y dado que no tengo por ahora a quién preguntar, me dirijo a mí mismo. Yo estaba estudiando. Y ahora pienso que no fue solo la idea sino el virus mismo. Me ha conmovido su sigilo, es invis-

ble, no entra, sino que flota, está en el aire, en el que compartimos cuando estamos cerca.

Estaba estudiando, luego escuché algo, pero no tuve mente para detenerme. No reaccioné, ni tuve miedo ni supuse que fuera algo que contara conmigo. Como sabes, estudiar es así, un mundo ajeno, lo más extraño de todo. Pero un mundo que a veces se vuelve el mundo de uno. O, tal vez, estaba leyendo. Embebiendo, hechizado, buceando en una profundidad. Aguas desconocidas y cautas. Pero algo tan imperioso que termina por apartar lo que llamamos nuestro mundo, lo propio, lo que uno domina o prevé.

Llevo muchos días estudiando. Hundido en una obra, respirando gracias a una escritura. La idea del virus se fue haciendo nítida y, a la vez, el mundo en el que estaba se adueñó de ella. Me asombré, era lo mismo. Ambos mundos estaban hechos de la misma materia. Como sabes, estoy estudiando algunos testimonios de los Lager del nacionalsocialismo. El exterminio de millones, sobre todo judíos. Sabes también, amante de los libros como eres, que hay muchos testimonios, pero mi inquietud no es enciclopédica, no puedo acercarme a nada si no es como poeta. Y por ello leo a los testigos poetas.

Entre ellos y, sobre todo, a Primo Levi. Junto con Amery, Antelme, Kertész, Delbó, Klemperer, son para mí, desde hace ya meses, mi compañía espiritual. Estoy inmerso en ellos y no intento salvarme, parafraseando un título de Levi. Y hoy, que pensé en responder a tu invitación, me animo a contarte.

El extremo peligro, la disolución de todas las defensas, la vida expuesta a su improbable conservación, la inmensa certeza de la muerte sin hermandad y sin alma. Y yo, por supuesto, ante el peligro que nos ronda, valoro el privilegio de sentir miedo. El miedo es la defensa contra la muerte, contra la aceptación de ella en su fingida naturalidad. Hay un escrito, está al final de *Si esto es un hombre*. Es un diario de los últimos diez días de confinamiento. Allí narra Levi lo inenarrable de aquel mundo. Y resalta eso, la ausencia de miedo ante la muerte. No solo falta el miedo, no hay espera, no hay esperanza, y tampoco fraternidad, ni compasión; en un mundo en el que falta todo, ya no está el hombre. En un mundo en el que no hay misericordia, solo la terrible certeza de lo inevitable, lo inminente sin eminencia, la suciedad, la crueldad extrema, el señorío de la muerte desnuda y macabra.

Yo tengo miedo. Me angustia enfermarme y no poder estudiar. Ni cuidar a mi mujer, ni

atender mis pensamientos y mis preguntas. Tengo miedo a quedarme solo, a no tener la compañía de alguien. En ese desastre de los últimos diez días no había nadie con nadie, no había nada, el desmantelamiento era absoluto y completo. De seguro lo has leído y no creo que haya nada como eso y estoy seguro que nadie ha dicho eso de esa manera. Eso que es el hombre, esa cosa muerta cuando un hombre deja de respirar.

Y, claro, he pensado en el aire, en mi poesía buscando su aliento. Y en la interrupción súbita de la respiración, el paso de ella a lo inerte. Y me angustia saber que hay personas que no pueden respirar y que no hay máquinas para amparar los pulmones. De todas las muertes posibles, quizás la que más temo sea la del ahogo.

Las descripciones de las muertes de las páginas de Levi lo dejan a uno sin aliento. Cuán trabajoso puede llegar a ser morir. Se puede sufrir indeciblemente. Levi habla de la agonía de un hombre que, en un delirio, repite una palabra. Dice Levi: es terrorífico. Una sola palabra, una y otra vez, una palabra que, traducida, quiere decir sí, efectivamente, así es. ¿Por qué esa agonía no cambiará de palabra? ¿Será la muerte quedarse amarrado a una sola palabra?

Como sabes, *La tregua*, el libro del retorno imposible a una casa que ya no existe, termina con la descripción de un sueño, un sueño dentro de otro. Es el sueño de la paz recuperada, la familia que lo reconoce y le recibe, los amigos y la comida, el reposo y la caridad. Pero, envolviendo ese sueño, va creciendo otro, en un paisaje gélido, con un cielo de plomo que cae sobre una tierra inerte. Ese sueño crece como una coraza y va ahogando al primero hasta que queda solo él, el único, el sueño de la realidad del Lager, el sueño como única realidad obstinada. Y una voz que repite ya sin grito el vocablo feroz que ahuyenta los dos sueños, la voz que condena al día.

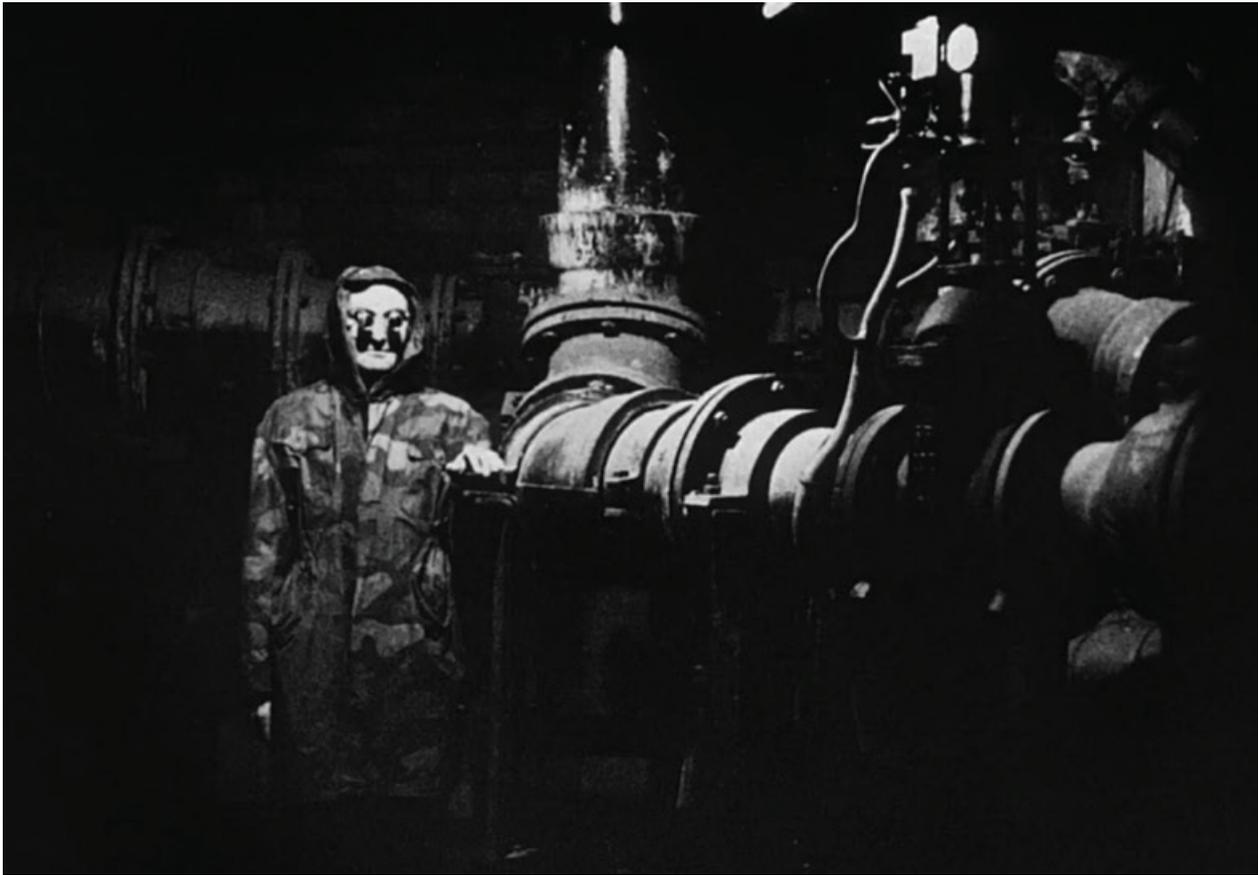


Foto fija Chris Marker, *La Jetée*, cortometraje, 1962

A mí, también en estos días de gris vigilia, me ha tocado despertar de un sueño que se ha vuelto recurrente. De golpe, me veo, y dentro ya de mí asisto al final. Es algo súbito, una explosión que se lleva todo. Se viene sobre mí y sé de golpe que no va a quedar nada, que no habrá nadie en mi lugar, que estaré muerto sin tiempo para decirlo. El terror de ese sueño me despierta.

Pero, como en el relato de Levi, hay algo en este sueño que me hace pensar en un momento en que ignoremos ya el dolor, el temor o la dicha. Un instante de desapego terrible y siniestro. Y temo feroz ese momento. Y trato de retener las gotas de emoción que todavía resbalan. A. me ha dicho que es terrible que nos haya tocado este tiempo. Yo, sin asomo de sorna, le respondo que no nos había pasado nada, que hasta ahora la aventura nos había tocado inventarla.

Leyendo a Levi he comprendido que no he corrido riesgo alguno. Para escribir he tenido que exagerarme. Y ahora viene esto. Sé que ha pasado muchas veces el asalto extranjero. Que muchos hombres se balancean en cuerdas delgadas. Y pienso que tendría que volver al pasado, buscar la penuria. Pero esos son solo sentimientos. Las acciones, las terribles crueldades que salen de las manos, las sé de oídas. Y ahora esto, esta suspensión, esta ardua cadena. El mundo se detiene atónito. Como los trenes raídos del regreso que describe *La tregua*. Uno no vuelve nunca, y no hay modo de saber por cuántos caminos hay que andar para entender eso.

La escritura de Levi no se empeña en el derrotismo. Todo lo contrario. Es la más esperanzada de las voces, creíble porque se arraiga en la desesperanza completa. Ese título apunta

allí, *Si esto es un hombre* hay que decirlo, recabar en ello, retenerlo en la memoria y narrarlo. Para que no se nos olvide y podamos prevenir y que eso no vuelva a pasar.

Esos diez días fueron juntos varias pandemias; a Primo Levi le tocó vivirlos recluido en el mal llamado hospital del Lager, al que se iba a morir no a ser curado. La probabilidad de salir con vida de allí era tremendamente baja. Él sobrevivió a esas pandemias, tifus, escarlatina, difteria, tuberculosis... También de este apartado del libro, el más conmovedor, se sacan lecciones de moral terriblemente iluminadoras.

A mí esta pandemia me encontró leyendo a Levi, estudiando sus poemas, sus narraciones, sus testimonios. Todos mis gustos literarios han virado, esa lectura me ha hecho encallar como lector. No sé qué pueda seguir leyendo. Por supuesto, ella me ha llevado a Dante y de Dante a Virgilio y de este a Homero, en una misteriosa regresión en el tiempo que es, a la vez, una mutación de mi propia alma fugaz.

Hoy, antes de escribirte, releí completo este pasaje y también el Canto XXIV del *"Inferno"*. En él describe el poeta la visión de unas almas envueltas en terribles serpientes, y si bien esas almas lloran y están atribuladas, las almas esqueletos que llama Levi los semi vivos encerrados en el Ka Be del Lager de Auschwitz nos hacen mirar en la dirección de una catástrofe que nos lleva a creer que el infierno estuvo en la tierra, hace apenas no más de setenta años.

En los Lager nazis estaba prohibido tocarse, acercarse, alejarse, estar solo, estar en compañía, rezar, comer juntos, ayudarse, compadecerse, ser solidarios. Estaba terminantemente prohibido leer, escribir, mandar o recibir cartas. No se podía pasear, caminar, pasar del día a la noche. No se podía dormir, despertarse. No era lícito comer o beber. Los hombres no podían pedir, solicitar, reclamar. No había

dónde esconderse ni hacer una pausa. Todo se movía al ritmo frenético de la muerte, estaba vedado el futuro y también el pasado. No estaba permitido morir, sentir que uno se estaba muriendo. No había acceso a la nostalgia y tampoco al anhelo. No había ni mañana ni ayer. Hoy era solo un momento estancado, un estante lleno de fango. Era un peligro caer, un imposible levantarse y seguir. No había nadie. Nada. Solo un gruñido sordo, un grito mudo y estrepitoso. No era posible entender en la barahúnda de todas las lenguas. La lengua de los Lager era el grito desmesurado, la moneda eran los golpes, los puñetazos, los empujones. Muchos murieron arrastrándose o intentando bajar de una litera. Las personas respondían a los llamados cayendo como cáscaras huecas. No había agua para la sed, saliva para el pan, pan para la saliva.

Una mañana de uno de esos diez días descubrió alguien que había un depósito con papas fuera del campo. Abrieron un boquete en la alambrada. Levi dice que en ese momento sintió que el aire que entraba por ahí ya lo conocía. Había olvidado por completo que ese aire existía. Pero esa es ya otra historia. Por lo pronto, es esto lo que te digo de mí, en medio de este torbellino por el que vamos pasando y viviendo. Para seguir, lo que me queda es seguir estudiando.

Ahora vamos con dificultad inmensa hacia adelante. Y no sabemos lo que sea el mañana y la incertidumbre es hoy abrumadora. queda un paso por dar y no hallamos ni pies ni camino.

*Tu amigo,
Carlos Vásquez*

Carlos Vásquez es escritor, doctor en Filosofía y profesor en el Instituto de Filosofía de la Universidad de Antioquia.